



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: José Luis Romero universitario

Autor: París de Oddone, Blanca

Forma sugerida de citar: París, B. (2022). José Luis Romero universitario. *Cuadernos Americanos*, 4(10), 129-136.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año II, Núm. 10, (julio-agosto de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.  
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## JOSE LUIS ROMERO UNIVERSITARIO

Por Blanca PARÍS DE ODDONE  
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA  
ORIENTAL DEL URUGUAY

QUEDARÁ DE estas Jornadas un conjunto valioso de estudios sobre la multifacética personalidad de José Luis Romero y de su quehacer historiográfico en los años difíciles para el mundo, y para Latinoamérica especialmente, en que le tocó vivir. Una de las mesas se refiere a la que Romero denominó "su pasión obsesiva": la historia medieval —sobre todo de las ciudades medievales y su burguesía. En otros, y más allá de ésta que él llamó su "faceta erudita", como su concepción de la vida estaba muy lejos de ser la propia de un erudito, y vibró además en él una gran pasión argentina y latinoamericanista, se encaran otros aspectos de su obra. Romero no fue, y se ha señalado reiteradamente en estas Jornadas, un historiador unidireccional sino un humanista totalizador que trabajó analizando e interrelacionando a la vez la historia social, la historia económica, la historia política y la historia de la cultura con aquel sentido integrador con que él la concebía. Y fue también un hombre muy comprometido con su tiempo y con la Universidad de nuestra América; por eso en otras mesas de estas Jornadas se abarca toda esta variada gama temática. Tenemos pues recopilado un buen conjunto de trabajos a muchas manos,<sup>1</sup> sobre historiografía rioplatense (del y sobre el Río de la Plata) de la segunda mitad del siglo XX, problemática poco frecuentada por nuestros historiadores y que tan necesario es hacer explícita para comprendernos mejor. Romero, que inauguró las cátedras en La Plata y Montevideo, solía señalar este vacío.

Conscientes entonces de que no resultaría fácil colaborar en estas Jornadas —basta una rápida lectura de la nómina de los asistentes— me pregunté, no sin cierta preocupación, cuál podría ser

<sup>1</sup> De ponentes como su amigo de varias décadas y colega mexicano Leopoldo Zea, quien viajó desde la ciudad de México para tributarle su homenaje en estas Jornadas; de ponentes argentinos —algunos, sus discípulos y colaboradores—, Tulio Halperin Donghi, Adolfo Prieto, Oscar Terán, Miguel Murmis, José Carlos Chiaramonte y Torcuato Di Tella.

mi modesto aporte. Decidí entonces hilvanar algunos recuerdos que permitieran, con tres o cuatro trazos, hacer un esbozo del perfil de José Luis Romero maestro y universitario, según lo conocimos nosotros.

En la reunión que tuvo lugar en la librería de Tomás Pardo cuando se presentó la quinta edición de *Las ideas políticas en la Argentina*, quizá porque aquel viejo local de la calle Maipú está tan poblado de recuerdos de varias generaciones de rioplatenses, José Luis Romero dijo mucho de su vida y de sí mismo. Evocó a sus maestros —infaltables su hermano Francisco, siempre presente en sus conversaciones, Gregorio Halperín y don Pedro Henríquez Ureña. Recordó entonces los viajes que durante cuatro o cinco años realizó entre Buenos Aires y La Plata dos o tres veces a la semana con el hispanoamericanista dominicano, en el tren de ida al mediodía y en el de regreso al finalizar la tarde; dijo Romero que en aquellos viajes pudo afirmar "su discipulazgo" gracias "al monopolio" —y son sus propias palabras— que pudo ejercer sobre Henríquez Ureña: "el monopolio del que se sienta al lado". Ese mismo privilegio en cierto modo también lo tuvimos los discípulos uruguayos de José Luis Romero entre 1949 y 1954. Durante el año lectivo, miércoles y jueves, Romero estaba en Montevideo; a las 9 comenzaba sus clases en la Facultad de Humanidades, después ya no se libraba de nosotros: el almuerzo, el encuentro de la tarde, la recorrida por librerías, por la ciudad —que lo seducía como todas las ciudades—, la cena de los miércoles en alguna cantina, en el Morini popular, en el Sorrento, en la CONAPROLE de Convención— alguna celebración muy especial en El Águila. Estudiantes no sólo de historia, de filosofía, de letras, de psicología, de matemáticas, participábamos en aquellas tertulias a las que se sumaban a veces sus amigos (Leopoldo y Perla Artucio, Paco Espínola y Roberto Ibáñez, Eugenio Petit Muñoz y Juan José Castro, en sus largas temporadas en Montevideo cuando dirigía la Orquesta Sinfónica del SODRE). Cuando en 1955 reasumió sus funciones en la Universidad de Buenos Aires los viajes a Montevideo tuvieron que ser mucho más espaciados; pero podemos decir que no hubo un solo año entre el 55 y el 73 en que no dictara en Montevideo por lo menos alguna conferencia. Sólo interrumpió el vínculo a partir del 27 de octubre de 1973, cuando la Universidad de la República fue intervenida; su conferencia, anunciada para el lunes 29, no pudo dictarse porque las puertas de la Universidad estaban todas clausuradas. Pero aún en aquellos años de viajes más esporádicos pudo compartir nuestros Cursos de Verano que contribuyó a inaugurar en 1958, invitado por su amigo el rector Mario Cassinoni; se in-

taló alguna vez en Carrasco durante sus vacaciones, acompañado allí por la familia; dos mañanas impartía clases en Humanidades. Seguimos así usufructuando "el monopolio del que se sienta al lado".

Pero no fue sólo en Montevideo donde los uruguayos compartimos este privilegio. En Buenos Aires, durante su rectorado o el decanato de Filosofía y Letras, en Historia Social y principalmente en Adrogué, que fue nuestro acostumbrado lugar de encuentro desde siempre. Sabíamos los trastornos que podíamos ocasionar en sus complicados horarios, pero insistíamos y siempre tuvimos las puertas abiertas, a veces facilitada la visita por Tere, quien nos acogía en la casa en días domingo desde la mañana hasta la noche, cuando había que apurar el paso camino de la estación de Adrogué, para no perder el último tren.

Poseía José Luis Romero un fuerte carisma. Aunque se sentía y era muy argentino, poseía fascinación y vitalidad, y un no sé qué interior que irradiaba una simpatía muy andaluza, heredada de sus ancestros sevillanos. Ella fue una clave que supo usar para comunicarse con el prójimo y que facilitó el camino para su labor docente. Tuvo además una formación excepcional junto a su hermano Francisco y sus amigos que frecuentaban la casa. A una inteligencia abierta sumaba una apetencia insaciable de conocimientos. Gran lector, más que eso, apasionado lector, se solazaba contándonos sus lecturas de adolescencia, desde las eruditas obras que iba sacando de los anaqueles de la biblioteca de Francisco, hasta la divertida lectura y relectura de *Los Tres Mosqueteros*, que seguía fascinándolo como el primer día y le servía de esparcimiento en los obligados reposos impuestos por algún trastorno de salud. Mientras que un estudiante secundario no suele pasar de las páginas del "texto obligatorio", antes de entrar a Facultad Romero había leído a Curtius y a Glotz. Vico, Machiavelo, Michelet lo atraían y solía repetir en sus clases que leyéramos una y otra vez a los maestros. En muchos pasajes de sus "Conversaciones", que recogió Félix Luna pocos meses antes de su muerte, José Luis se refirió a su formación cultural. Hay un largo párrafo donde relata cómo fue descubriendo "que la historia se hacía", "que la historia era móvil" y cuenta la "experiencia fantástica" que realizó leyendo *El porvenir de la ciencia* de Renan: lo acuciaba una y otra vez un interrogante: ¿por qué Renan habla del "milagro griego"? Un día —contaba el propio Romero— realizó "su más importante experiencia científica y filosófica" —y nada le importaba si otros pudieran haberla hecho antes— pero él encontró una respuesta racional: "Renan hablaba del 'milagro griego' porque no conocía lo que había detrás de

aquella deslumbrante cultura". Así, de esta manera tan sencilla, abría Romero, a los jóvenes, puertas y ventanas al conocimiento histórico.

Con frecuencia le gustaba evocar su pasado. Su vida en la Facultad que acrecentó su bagaje cultural con un complemento de conocimientos sobre historia americana y argentina, que despertaron su interés por Mitre y Sarmiento, pero sobre todo en la Facultad, Clemente Ricci —discípulo de César Cantú— lo inició en las prácticas metodológicas de la investigación histórica; como el aprendizaje medieval con Ricci fue aprendiendo el oficio. Ese oficio que, a su vez, convertido Romero en maestro, se preocupó por transmitir a sus discípulos también en la forja del taller, que no otra cosa eran sus riquísimos seminarios, o si no, cuando nos dejaba hurgar en sus innumerables ficheros que llegaron a transformarse en una herramienta mítica para quienes, de vez en cuando, podíamos frecuentarlos; aunque siempre solía repetir "no olviden que son la materia prima que hay que elaborar y modelar", agregando su reiterado "¿no es cierto?".

De aquel investigador, que lo fue a conciencia y críticamente, no podía resultar sino un excepcional docente, en el coloquio o en las clases más formales, pero no menos vivas.

Oddone, en su comunicación, se ha encargado de señalar lo que supo darnos Romero —además de sus libros— en el diálogo cotidiano del aula, a quienes recibimos y compartimos por años sus enseñanzas en la Universidad de Montevideo; por eso no voy a repetirlo.<sup>2</sup> Hasta aquí el maestro.

Quisiera decir algunas palabras acerca del Romero universitario, más allá del investigador y del docente.

La firma o la negativa a firmar algunos manifiestos y declaraciones han sido con frecuencia en nuestra América causa de destituciones o de exilios para quienes defendieron de aquella manera la libertad de sus conciencias. Cuando José Luis Romero alcanzaba la madurez intelectual e iniciaba su gran producción historiográfica, fue expulsado de sus cátedras en la Argentina. Entonces, la universidad de Montevideo le pidió apoyo para echar a andar una Facultad recién fundada, la de Humanidades y Ciencias, a la que llegó con las honrosas credenciales de "destituido".

Corría el año 1949. La Universidad de la República celebraba

<sup>2</sup> Ayer cuando oía a Miguel Murmis hablar de los dos puentes que estableció Romero: uno, al referirse al conocimiento histórico, entre presente y pasado, otro, entre la historia y las ciencias sociales y humanas, yo pensaba en el "tercer puente" que supo construir entre Montevideo y Buenos Aires en el ámbito de la cultura.

su primer centenario y el estudiantado uruguayo, dinamizado desde el período de la dictadura de Terra (1933), se había transformado en un poderoso núcleo de opinión dentro y hacia afuera de la Universidad. Agrupados los diversos centros estudiantiles en la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (la FEUU), los jóvenes intentaban definiciones de contenido ideológico. La Guerra de España y la Segunda Guerra Mundial aceleraron aquel proceso y la FEUU, además de organismo gremial, se convirtió también en catalizador de las reivindicaciones sociales. Cuando Romero se incorporó a la Universidad de Montevideo, las generaciones formadas en el movimiento estudiantil de los años de fermento que transcurren entre las dos guerras mundiales llegaban al gobierno de aquella Universidad y su presencia significó la puesta en marcha de una sustancial transformación.

1951. Año electoral y de reforma constitucional en Uruguay. Gran movilización de grupos militantes universitarios en torno a la que se rotuló "la lucha por la autonomía" para conseguir su reglamentación por el Parlamento. El Claustro universitario fue el centro neurálgico de la Universidad, y apoyó un cuadro de protesta; todo se quería rever para construir la "Universidad nueva".

Romero encontró así en Montevideo la explicitación de la extensión continental del Movimiento de Córdoba; las viejas tradiciones de la Universidad uruguaya hicieron que aquél prendiera y se consolidara rápidamente. No hace mucho Arturo Ardao escribió sobre el "carácter reformador" pero además intrínsecamente "reformista" que asumió en Montevideo, porque la Reforma sólo se concebía, y así se practicó, como un ejercicio constante, llamado a proseguir siempre al compás de las renovadas exigencias de cada época. No era pues una Universidad que pudiera resultarle ajena aquella en la que había recalado José Luis Romero en 1949, porque en ella privaba el mismo clima que en La Plata y Buenos Aires.

Años después, cuando leímos en la prensa algunos párrafos del discurso de Romero al asumir el rectorado de Buenos Aires, al que hizo referencia el doctor Norberto Rodríguez Bustamante, nos impresionó —no nos sorprendió— su lenguaje; era el mismo, y empleaba casi las mismas palabras, que el que se estaba utilizando en el Claustro de la Universidad de la República donde comenzaba a discutirse una nueva Ley Orgánica que habría de aprobarse —como la de Buenos Aires— en 1958.

Decía Romero:

Conducida democráticamente y por el esfuerzo mancomunado de profesores, egresados y estudiantes, la Universidad puede llegar a ser ese vigoroso centro de irradiación que siempre hemos anhelado, en el

que se elabore la peculiaridad de nuestra cultura —sin tirivales de formaciones nacionalistas— y en el que se preparen despaciosamente las soluciones que el país aguarda para sus problemas fundamentales.

Paralelamente, en la exposición de motivos que acompañó al Proyecto de Ley de 1958 emanada del Claustro uruguayo y suscrita por el rector Mario Cassinoni, se reclamaba una Universidad que cumpliera algo más que la simple función trascendente de formar los profesionales.

La Universidad debe defender y acrecentar la cultura, para lo cual es necesario que impulse y proteja la investigación científica y la actividad artística. Debe extender los conocimientos a la población, en forma que puedan ser asimilados por ésta para su enriquecimiento espiritual y su defensa. Debe estudiar los problemas de interés general y propender a su comprensión pública: afirmar los valores morales y los principios de justicia y bienestar social.

Identidad de pensamiento, las mismas reivindicaciones; por eso afirmamos que Romero no pudo sentirse forastero del otro lado del Plata, porque hablábamos el mismo lenguaje y no sólo literalmente, sino el mismo lenguaje ideológico, perseguíamos las mismas utopías universitarias, nos acuciaban comunes insatisfacciones respecto de lo existente, encontrábamos las mismas resistencias, y nos proponíamos iguales proyectos. Pensábamos en un modelo similar de Universidad para el futuro. Reclamábamos juntos la revisión de los fines, de la organización de los sistemas pedagógicos y hasta "de su espíritu".

"Es hora de que se entienda de una vez que la enseñanza es cosa de maestros, de expertos en cierta clase de problemas que atañen a la Universidad como a cualquier otra etapa de la enseñanza... sin perjuicio de su especialidad científica" afirmaba rotundamente el rector Romero en un acto de la FUBA (1956). "No debe ser exclusivamente el profesionalismo lo que identifique a la Universidad". Si bien ella debe formar profesionales eficaces considera Romero que también debe formar investigadores para la creación del saber y a su vez preparar a esos investigadores, educarlos, transmitirles el saber conquistado, darles los elementos metodológicos para que ellos lo sigan conquistando. Las coincidencias se daban también en materia de extensión, de la inserción de la Universidad en el medio social.

Existe un documento fechado en 1959 que es testimonio de esta estrecha coincidencia; su redacción estuvo a cargo de Romero, según señala Luis Alberto Romero en *La experiencia argentina*.

En setiembre de ese año se reunió en Buenos Aires la III Asamblea de la Unión de Universidades de América Latina (UDUAL). En reiteradas oportunidades Romero remarcó la compatibilidad que en aquellas reuniones había existido entre las delegaciones argentina y uruguaya, esta última encabezada por el entonces rector Mario Cassinoni; Romero y Risieri Frondizi participaban de la primera. El documento que redactó Romero es un decálogo donde se define el deber ser de la futura Universidad latinoamericana a partir de un agudo análisis de su pasado y su presente, para adecuarla a los cambios socioeconómicos que se venían procesando en el Continente y en el mundo, y a las concepciones teóricas fundamentales en todos los campos de la cultura. Se reclama además una Universidad en la que se combinen sabiamente "sus finalidades de tipo universal y sus finalidades de tipo local", para colaborar en la transformación regional sin perder de vista la intensa universalización de los problemas que caracterizan al mundo en la segunda mitad de nuestro siglo, ajustando sus relaciones con el contorno social y el conjunto de sus formas de acción. Para expresar en forma más tangible estas ideas y subrayar la necesidad de perpetua reforma en que debe vivir toda Universidad, Romero solía usar una imagen muy linda: decía que la Universidad era "una materia plástica en busca de forma".

Esta actitud enraizadamente reformista fue la que caracterizó el desempeño de José Luis Romero cuando tuvo que actuar en el gobierno universitario, ya fuera en el rectorado y en el decanato de Buenos Aires, o en la UNESCO al final de su vida.

En su período montevideano no había pasado aún por estas experiencias, pero su concepción estaba bien definida ya. Los temas de sus conversaciones informales solían ser muy diversos, pero había algunos que eran recurrentes: la Universidad entre ellos, la formación del investigador, la historia de las ciudades y el acontecer político en Argentina, del que semana a semana nos hacía una crónica y un análisis con los cuales aprendíamos a comprender el presente y la historia; en ellos Romero trataba también de probarnos que, como lo afirmaba, ser historiador es "fundamentalmente tener capacidad de enfrentar el presente con objetividad". "Si no, no se es historiador" concluía categóricamente.

Hasta aquí pues algunos recuerdos hilvanados, como dijimos al comienzo, para tratar de definir algunos de los rasgos de aquel maestro que se dio a sus alumnos —compartieran o no sus tesis interpretativas—, que supo estimularlos a la reflexión sobre la vida y el conocimiento histórico y a los que supo infundir también un optimismo fundamental acerca del destino de nuestras necesidades

latinoamericanas. Optimismo al que solemos recurrir no corriendo detrás de utopías, sino con el fin de auscultar —o por lo menos intentarlo—, como lo ha hecho Mario Benedetti en uno de sus últimos poemas, los valores de nuestras nacionalidades latinoamericanas, porque "el Sur", que comienza en el río Bravo, "también existe". Y esto nos ayudó a comprenderlo en cierto modo José Luis Romero.